

deberes de la naturaleza con los de su situación. Queriendo, pues, honrar á Murat, se presentó á él como á un rey que habia perdido su trono, mas no así el respeto y el cariño de sus antiguos súbditos. Se compadeció de su suerte y reprobó altamente las indignidades y los ultrajes que le habian sido inferidos por el populacho, escusándose por último de la necesidad en que se veía de dejarle permanecer aun por mas tiempo en una estancia ruinosa é indigna de él, á causa de tener que atender á su misma seguridad que exigía murallas y soldados para estar á cubierto de toda clase de insultos. Varios cirujanos de Monteleone fueron llamados para prestar sus socorros á los heridos, y el resto de la noche trascurrió entre los gemidos de los moribundos y las silenciosas reflexiones que el rey hacia de su suerte.

Al día siguiente, el general Nunciante le hizo trasladar á otra habitacion dentro del mismo castillo, que se hallaba separada de las prisiones y preparada ya mas convenientemente para recibirle. El semblante del general manifestaba mucha mas ansiedad que el de su cautivo, pues que aquel por un presentimiento secreto, se temia recibir de Nápoles órdenes muy siniestras respecto de este. Hallábase Nunciante á la sazón comiendo con el rey y con los dos generales Francorchetti y Natali, compañeros voluntarios del rey en su nueva prision. La conversacion giraba sobre las antiguas guerras, sobre el estado del reino y de la Europa, y sobre la resolucion que mas probablemente aceptaria el rey Fernando respecto á su competidor y prisionero. El rey por su parte afectaba tener la mayor confianza en la generosidad de su enemigo y en la inviolabilidad de su propia vida, de allí en adelante sin peligro alguno para el reino. Nunciante se guardaba muy bien de confiarle todas sus sospechas, cuidando al mismo tiempo de no hacerle concebir una completa seguridad de buen éxito, pues el desengaño seria luego demasiado súbito y cruel para su ánimo. Así es que le

habló no sin cierta inquietud del primer despacho telegráfico recibido aquella misma mañana, y que habia sido interrumpido por las nieblas y la noche; aquel despacho decia así: «Un despacho me anuncia.... Vos le dareis la orden.....»

## XLVI.

Todo el día se pasó esperando otro despacho ó la llegada de algun correo que completase la orden interrumpida la vispera. El rey recibió la visita de un capitán de fragata inglés, que propuso á Nunciante trasportar á su prisionero á Tropea, pequeña ciudad de la costa, en donde estaria alojado con mas decoro y mas seguramente que en Pizzo contra las emociones del populacho. Nunciante, sin embargo, no se atrevió sin autorizacion de la córte á confiar al prisionero de quien era responsable, á un buque inglés y á los azares de la mar. Por la noche volvió á manifestar, estando comiendo con el rey, las nuevas inquietudes que le asaltaban sobre el verdadero sentido del despacho interrumpido: Yo creo, sin embargo, le decia al rey, que la orden se reducía á entregar á V. M. á la flotilla inglesa para que le trasportase á Mesina, á esperar allí la decision de las potencias aliadas.»

«Pero decidme, general, repuso Murat con cierta sonrisa que parecia anticiparle la respuesta, si por ventura un despacho telegráfico os mandase entregarme á una comision militar, ¿lo harias acaso?»

Nunciante contestó que solo obedeceria una orden semejante si la recibiese del mismo rey Fernando por medio de un correo portador de su voluntad escrita, pero que órdenes de esa especie no eran de temer del bondadoso corazón y de la generosidad de Fernando. Murat,



sereno y tranquilo, se levantó de la mesa, se acostó con la mayor tranquilidad de espíritu é hizo que le leyese Natali antes de dormirse una tragedia de Metastasio, cuyo desenlace tenia cierta analogía con su situacion; en seguida se durmió con el mas profundo sueño.

Al siguiente dia, tanto al despertarse como á la hora de comer, se ocupó muy jovialmente con sus guardianes y con Nunciante de cuán fácil seria llevar á cabo un arreglo amistoso entre Fernando y él, por el cual él cederia la Sicilia á los Borbones y estos le reconocerian á él por soberano de Nápoles. Como se ve, pues, las ilusiones de engrandecimiento no le abandonaban un solo instante, como tampoco se apartaban de su mente las que se hacia respecto á su vida. El retardo que experimentaban las instrucciones de Nápoles, le hacia creer en la existencia de algunas deliberaciones, de las cuales surgiria una resolucion mas llevadera y tolerable.

## XLVII.

Mientras esto sucedia, la córte de Nápoles habia recibido, primero por un despacho telegráfico de Monteleone, y despues por un enviado por Nunciante, la nueva del desembarco y de la prision de Joaquin en Pizzo. Solo la sombra de Murat, el eco solo de su nombre, popular aun para el ejército, lleno de prestigio para la capital é incitador para las provincias y para la Italia, habia causado, tanto á la córte como al gobierno, tal perturbacion y sobresalto, que podian tenerse por precursores de alguna cobarde y siniestra resolucion. En las córtes, en los partidos y en el pueblo mismo, el miedo impulsa á la ferocidad. Las almas de los reyes, de los ministros, de los grandes, están hechas á semejanza de las de la plebe; el pánico las escita á verter sangre.

El corazon de Fernando no era cruel á la verdad. Aquel soberano, criado desde su infancia en la indolencia, en la voluptuosidad, en las supersticiones populares de aquellos tronos del Mediodía, familiar hasta la trivialidad con los lazzaroni de la playa de Nápoles; muy aficionado á la pesca, á la caza y á las mugeres; gobernado hasta entonces por una reina imperiosa y vengativa, que acababa de morir; entregado á sus concubinas, intimidado por el clero, servido por ministros que eran mas reyes que él; hombre de talento en medio de todo, pero de ese talento trivial é inactivo que juega con las cosas y se rie de sí mismo; aquel soberano, pues, estaba sentado en el trono hacia sesenta años. Su pueblo le amaba al propio tiempo que le despreciaba. Sus infortunios, sus prolongados destierros en Sicilia, su edad avanzada y sus buenas intenciones, le hacian apreciable en aquellos momentos á los ojos de los napolitanos. Es cierto que en 1799 señalaron su reinado las mas atroces crueldades; pero aquella sangre atribuida á su esposa, al cardenal Ruffo, al almirante Nelson, á Lady Hamilton, favorita de la reina y querida de aquel gran soldado, no recaia seguramente sobre él. Nada, pues, de siniestro podia emanar de aquella alma sin elementos para el crimen y sin constancia para la virtud.

## XLVIII.

Mas accesible era en caso al temor que á la virtud. Su córte toda tembló á la noticia de los sucesos de Pizzo; únicamente sus ministros, y en particular Medicis, jóven ilustrado y filósofico, se inclinaron desde luego á la magnanimidad, que es la verdadera prudencia contra las facciones desconcertadas. Mas como tenian que complacer á los temores de la córte de quien dependian, tuvieron que



manifestar ellos mismos igual terror y llevarlo aun mas allá de los límites regulares. Se creía, ó al menos se aparentaba creer, que aquellos acontecimientos tendrían ramificaciones en la capital y aun en las provincias, en su consecuencia se reforzaron las guardias de palacio, se cubrieron las calles de patrullas y se hizo marchar un cuerpo de ejército á Nápoles y á las Calabrias. La imaginación del rey y de sus familiares se hallaba dominada por el terror, como si estuviesen amenazados del mas inminente peligro, y nadie quería convencerse de que una tentativa de aquella naturaleza, que se había estrellado, al nacer contra la lealtad del pueblo mismo y contra el buen sentido del público, era la mejor garantía de seguridad para el reino, así como para el rey la mas bella ocasión de hacer uso de su grandeza de alma, desafiando sin peligro alguno á la usurpación.

Los consejos se sucedían unos á otros y se adoptaban mil diversas resoluciones. Cuando la corte manifestaba temor, nadie se atrevía á mostrarse seguro y tranquilo. La orden feroz é inútil de inmolar á un prisionero indefenso se espedía en el palacio real el 9 de octubre por la noche, esto es, veinticuatro horas despues de que aquel rey destronado, arrojado casi á su pesar por las olas sobre aquellas costas, pusiese el pie en el territorio del reino, vencido, insultado y encadenado por aquel mismo pueblo á quien trataba de escitar á un levantamiento. Baldon gratuito que recayó por completo sobre la corte de Nápoles y sus consejeros. Al adoptar semejante resolución, los consejeros deshonraban dos tronos, salpicaban de sangre la mano del anciano Fernando, ponían en cuestión la vuelta natural á sus estados de la antigua dinastía, daban al respetable derecho monárquico que se defiende por su paternidad, toda la apariencia de una fuerza revolucionaria, quitaban la vida á un héroe indefenso y lanzaban un interés de temor sobre su tumba. ¡Hubiérase dicho en este siglo que el rey había jurado

perder su trono, echando mano, al efecto, de la debilidad, de la demencia y de la venganza.

Mas sea de ello lo que quiera, es lo cierto que la orden marchó, y que el príncipe de Canosa, instrumento implacable de todas las conjuraciones, de todos los actos de policía, de todas las reacciones y de los emigrados de la corte de Sicilia, salió al mismo tiempo con encargo de vigilar, de purificar, ó mejor dicho, de fanatizar la Calabria en donde él tenía inteligencias con los conciliábulos de la contrarrevolucion. La orden decia de esta manera:

«El general Murat será puesto á disposición de una comisión militar, cuyos miembros serán nombrados por nuestro ministro de la Guerra.

»No se concederá al reo mas que una media hora para recibir los auxilios de la religion.

»Fernando.»

Se ve, pues, claramente que aquel procedimiento no admitía ni aun la hipótesis de ser declarado inocente, cuando las condiciones de la ejecución se anticipaban á la sentencia. El juicio celebrado en Pizzo traía á la memoria el de Vincennes contra el duque de Enghien.

No dejaba, sia embargo, de ser un gran consuelo para Murat en aquellos momentos supremos, el no reconocer una represalia de la Providencia en las formas del decreto de Fernando, porque él, por su parte, protestó contra el asesinato del descendiente de los Condé, tan desgraciado como él, si bien mucho mas inocente.

#### XLIX.

Nunciante, que había recibido aquel decreto el día 12 por la noche, no quiso cercenar las horas de sue-



ño que aun le quedaban al rey, que al menos servirían para abreviar su agonía. Entró, pues, en su estancia y sentándose al pie del lecho de su prisionero, derramó en silencio abundantes lágrimas y aguardó á que Murat se despertara por sí solo. Ya hacia rato que el sol reflejaba sobre la dormida cabeza del prisionero, cuando éste, abriendo sus ojos, reparó en el lloroso semblante del general. No necesitó mas para comprenderlo todo, mas sin embargo, Nunciante, despues de haber estrechado su mano entre las suyas con la mayor ternura, le reveló en voz baja los términos en que estaba concebida la órden de la córte, recibida aquella misma noche, con el fin de que el rey tuviese tiempo de preparar un corazon de hombre y un semblante de rey para el golpe que iba á recibir en público. Un instante despues, Murat, que estaba muy distante de preveer una sentencia tan irrevocable, decia, como resignándose con su suerte: «¡Y bien! puesto que eso es así, quiere decir que estoy perdido! La órden para que se me juzgue es una sentencia de muerte!» Unas cuantas lágrimas asomaron entonces á sus ojos. El hombre mas animoso y valiente tiene momentos en que no puede negarse al enternecimiento. La vida arroja tambien sus lamentos al separarse del corazon de un héroe.

Nunciante le abandonó á sus reflexiones y se retiró con lento paso. Se hizo salir de la habitacion del rey á sus dos generales y al último de sus servidores, su ayuda de cámara, Armand, que quiso seguir á su señor en su temeridad.

A poco entró el capitán Stratti seguido de siete oficiales del ejército en la estancia donde Murat les aguardaba ya levantado. Stratti, conmovido como Nunciante, tenia sus ojos bajos y no se atrevia á fijarlos en la victima. Colocó á derecha é izquierda, un poco detrás de él á sus colegas segun sus graduaciones y dando frente al rey. Aquellos siete jueces militares, designados, segun ór-

den de la córte, por el general que mandaba en las Calabrias, eran todos oficiales que por largo tiempo habian sido súbditos y despues compañeros de armas del rey Murat, y promovidos por él á los diferentes grados que disfrutaban en el ejército; pero ninguno de ellos tuvo el suficiente valor para negarse á una mision de asesinato. El brio y la energía de semejantes hombres de guerra está mas bien en su brazo que en su corazon, así es que se disponian á juzgar á su antiguo general y á su bienhechor del mismo modo que hubieran juzgado y condenado cinco meses antes á sus enemigos. Máquinas humanas, que parecen carecer de alma por la constante subordinacion y ceder al impulso que le da el que reina, sea quien fuere.

Muy lejos de quejarse daban aun las gracias al rey Fernando por una confianza que les honraba, como ellos decian, poniendo á prueba su fidelidad á su nuevo rey.

## L.

Stratti leyó, en fin, balbuceando, á su prisionero la órden por la cual quedaba entregado á una comision militar, y añadió que debiendo aquella comision reunirse en seguida en una sala contigua, y que concediendo las leyes militares un defensor al prisionero, el general Nunciante le proponia para el objeto al capitán siciliano Starace, hombre de honor y tan decidido en favor de la humanidad, como exacto en sus deberes.

«Decid al tribunal, respondió Murat alzando con dignidad su cabeza, que yo rehuso comparecer á su presencia. Los hombres como yo no tienen que dar cuenta de sus actos sino á Dios! Que el tribunal decida acerca de mi suerte! Estoy dispuesto á sufrir mi destino, pero no reconozco juez alguno.»



Strati y sus colegas se retiraron para disponer los preparativos del consejo de guerra. El general Nunciante vino en persona á traer al prisionero recado de escribir, para que pudiese estender su última voluntad ó dar el último adiós á su familia. Murat, despues de haberse quedado solo, escribió, bañando el papel con sus lágrimas, aquella sublime carta en que su alma y su suerte, su cariño de esposo, su pasion de padre, su conciencia de rey, y su firmeza de soldado se resumia en unas cuantas líneas al sentir las últimas palpitaciones de su corazon. Esta carta iba dirigida á su jóven esposa, amor y gloria de su juventud, delicias orgullo y á veces tormentos de su vida, pero siempre perpétuo anhelo de su alma.

Pizzo, 13 de octubre de 1813.

«Mi adorada Carolina! mi última hora ha llegado ya!.....Dentro de breves instantes, yo habré dejado de existir; dentro de breves instantes, tu ya no tendrás esposo..... No me olvides jamás!..... Muero inocente. Mi vida no ha sido nunca manchada con ninguna injusticia! Adios, mi Aquiles! adios, mi Leticia! adios, mi Luciano! adios, mi Lucía!—Estos eran los nombres de sus hijos, á los cuales enviaba un abrazo individual para que resonase mas personalmente en el corazon de cada uno de ellos unido á su nombre de familiaridad doméstica; —mostraos al mundo dignos de mí! Os dejo mi reino y mis bienes de fortuna en medio de mis numerosos enemigos..... permaneced constantemente unidos! haceos superiores á vuestros infortunios; pensad siempre en lo que sois y en lo que habeis sido antes, y Dios os bendecirá! No maldigais mi memoria!..... Sabed que mi mayor desconsuelo en los últimos momentos de mi vida es el de morir lejos de mis hijos! Recibid mi bendicion paternal! recibid mis abrazos y mis lágrimas! que no se

aparte jamás de vuestro pensamiento la memoria de vuestro desventurado padre!»

## LI.

Esta carta, dictada únicamente por la naturaleza, estando próximo á la eterna separacion, á dos pasos del tribunal que debia juzgarle y de los soldados que cargaban ya sus armas para atravesarle el pecho é interrumpir los latidos de su corazon, demostraba mas que toda su vida entera, el instinto que dominaba en el alma de Murat, la bondad mas exquisita! Dotado de un corazon como ninguno, sabia pelear y sabia tambien amar. Mas bien que un rey, mas bien que un héroe, Murat habia sabido ser hombre. Aquel último lamento de su alma decia mas en favor de su memoria, sin saberlo él mismo, que todas las declamaciones y los manifiestos póstumos de su modelo en Santa Elena, no han podido conseguir despues en favor de Napoleon. El uno dirigia sus últimas palabras al mundo; el otro á su muger y á sus hijos: aquel moria en espectáculo; este en familia. La muerte de Murat ha sobrepujado á la de Napoleon como la naturaleza se sobrepone al orgullo. La despedida de Murat no podrá menos de arrancar lágrimas aun á la mas remota posteridad. Si en ella no se vé á la víctima y al mártir, se ve siempre al padre, al amante y al héroe. El se daba á sí propio un verdadero testimonio de ello. Ligero é impetuoso por carácter, habíase dejado arrastrar en la vida por esa embriaguez que acompaña á la fortuna y por los errores de la política; pero jamás habia demostrado esas perversidades que trae consigo la ambicion ni las crueldades, de que se suele hacer alarde cuando se ejerce el poder supremo. Su reinado habia sido generoso y magnánimo como su corazon.



Después de haber bañado aquella carta con sus lágrimas y de haber estampado en ella sus labios tantas veces cuantos besos tenía que enviar para su esposa y para sus cuatro hijos, pidió unas tijeras para cortarse un bucle de sus largos cabellos, y habiéndolo besado también á fin de que su familia sintiese aun en él la impresión de su boca, lo guardó, húmedo todavía de sus lágrimas, dentro de la carta y se lo entregó á Nunciante con la mas eficaz recomendacion de que llegase á su destino.

## LII.

El capitán Starace, que fué el designado de oficio para ser su defensor, entró á la sazón en la estancia, haciendo por encubrir la emocion que le dominaba mal disimulada por sus lágrimas. Suplicó á Murat que le permitiese hacer su defensa ante la comisión militar; pero aquel al escuchar sus palabras, volvió á tomar la marcial actitud de su papel de rey, y contestó á Starace: «No, esos son mis súbditos, no son mis jueces; los reyes no pueden ser juzgados por sus súbditos, ni aun tampoco por otros reyes, porque los tronos los hacen iguales entre sí! Se quiere acaso juzgarme bajo otros títulos? Como mariscal de Francia es preciso un consejo de mariscales: como general este debe componerse de generales. Antes de que me obligasen á reconocer un tribunal como el que se pretende imponerme, sería necesario arrancar muchas páginas á la historia de Europa! No os es posible, pues, salvar mi vida, porque esos mismos que van á fallar acerca de mi suerte no son mis jueces, sino mis verdugos. Salvemos al menos el honor de la dignidad real!» Starace se vió en la precision de obedecer á la inflexible voluntad de su cliente.

El oficial que hacia de relator se presentó entonces

con objeto de interrogar al acusado: «No obtendreis de mí mas que una respuesta, le dijo el rey: yo son Joaquín Napoleon, rey de las dos Sicilias! Podeis marcharos.

Libre ya de los cuidados de la defensa y de la presencia de sus jueces que deliberaban al otro extremo del castillo y se ocupaban en redactar su sentencia, estuvo hablando con la mayor sangre fria con los oficiales de la guardia que estaban de pie á la puerta de su habitacion: «Siempre creí, dijo con cierto desden, encontrar mas grandeza de alma en el rey Fernando. Si la suerte le hubiera colocado á él en mi lugar y á mí en el suyo, y si él hubiese verificado un desembarco en mi territorio, es bien seguro que jamás hubiera abusado de la suerte de las armas haciéndole inmolar!.....» Después recorriendo en su memoria las diferentes épocas de su carrera, recordaba con satisfaccion de lo benigno y próspero que fué para Nápoles su reinado, de las mercedes que habia otorgado, de la sangre que habia economizado, de las mejoras de toda especie con que él habia procurado dotar al reino; del ejército, de la gloria que habia hecho recaer sobre sus banderas asociándole á los grandes hechos de armas del ejército francés; de los sacrificios personales que habia hecho, de los tesoros traídos de Alemania para embellecer su capital, y de la absoluta carencia de bienes de fortuna á que quedaba entregada su familia después de su muerte!....

«Esa es, pues, mi mayor gloria y mi consuelo en mis últimos momentos, decia; juro que he procurado hacer todo el bien que he podido á mi país, daño solo lo he hecho á los malvados! En Pizzo, sin embargo, se regocijan de mi desgracia y hasta me aborrecen! ¿Qué les he hecho yo para que me odien de esa suerte?» Después, remontándose á otros tiempos para buscar la causa de la animadversion de los hombres hácia él, y trayendo á su memoria el asesinato del duque de Enghien, del cual tan



infaustamente le habian tachado de ser cómplice. «Será acaso la tragedia del duque de Enghien, exclamó como sobresaltado, la que Fernando trata de vengar en mí por medio de otra tragedia semejante! Juro, pues, por ese Dios ante el cual debo comparecer dentro de breves instantes, que no he tomado parte alguna en aquel asesinato.»

Algunos momentos despues pidió que le dejaran solo por un breve rato á fin de resignar y fortificar su alma, pues como se deja bien conocer por las palabras que dirigió á los que le custodiaban, asi como por la carta á sus hijos, el pensamiento de Dios no se apartaba de él en los momentos en que se preparaba á dejar la tierra.

Un sacerdote de Pizzo que le habian ofrecido que vendria y que él aceptó gustoso para que le consolase y bendigese su muerte, se encerró con él en su estancia. «Señor, le dijo aquel clérigo respetuoso y misericordioso al presentarse ante él, no es esta la vez primera que me veo en presencia de V. M. Cuando vinisteis, hará cinco años, á Pizzo al visitar vuestras provincias, yo imploré un socorro de V. M. para las necesidades de aquella iglesia, y con efecto me concedisteis un generoso don. Mi voz, pues, que en aquel tiempo tuvo el suficiente imperio sobre vuestro corazon para inspiraros un beneficio, será ahora para vos un recuerdo de misericordia. Ojalá pueda este recuerdo de tan buen agüero contribuir al presente á haceros agradecer las plegarias que no tienen mas objeto que el eterno reposo de vuestra alma!»

Murat cumplió con todos los deberes del hombre que se halla en trance semejante, y á petición del sacerdote y para que no hubiese obstáculo en darle sepultura, le entregó estas palabras escritas y firmadas de su mano: «Declaro morir como buen cristiano.» Encargó tambien al mismo sacerdote que hiciese llegar su reloj, que ya no tenia que señalar mas horas en este mundo para él, á su fiel sirviente Armand. Solicitó despedirse de los generales Natali y Franceschetti, y de aquellos pobres soldados

que él habia arrastrado en su desgracia, mas no se le permitió, no por crueldad sino por conmiseracion, y á fin de evitar un nuevo dolor á su corazon.

## LIII.

Durante aquellos rápidos preparativos de la última escena, el tribunal que se hallaba instalado no lejos de su misma habitacion, pronunciaba la sentencia de muerte contra él como fautor de una conspiracion contra el reino, y en virtud de una ley que él mismo habia promulgado diez años antes para intimidar á los revoltosos de las Calabrias, pero por la cual jamás impuso él la pena de muerte llevado de la indulgencia de su carácter. Leyósele solemnemente la sentencia, y él la escuchó como hubiera podido oír el estampido del cañon en medio de una batalla, conmovido sí, pero sin arrogancia. No trató de apelar de ella, ni de impetrar perdon ni plazo alguno. Encargó únicamente que diesen las gracias al general Nunciante, á los oficiales y al sacerdote que le asistió, por los miramientos y consideraciones que le habian dispensado durante su corta cautividad dentro de aquellos muros.

Adelantóse por sí solo hácia la puerta como para llegar cuanto antes al término señalado. Aquella puerta daba á una angosta esplanada encajonada entre las torres del castillo y las murallas exteriores, muy semejante al castillo de Vincennes. El último y esplendente sol iluminaba en aquel momento los últimos pasos y las últimas miradas del héroe. Doce soldados con sus armas preparadas le aguardaban en aquel sitio, cuya estrechez les impedía mantenerse á esa distancia que quita en algun tanto su horror á la muerte. Murat en el momento mismo que acababa de traspasar el umbral de su estancia, se encontró cara á cara con ellos. No quiso que se le ven-



dasen los ojos, y fijando su vista en los soldados con firme y benévola sonrisa: «Amigos míos, les dijo, no me apunteis mal y me hagais sufrir mucho por lo tanto; el corto espacio que nos separa, casi os obliga á apoyar el cañon de vuestros fusiles contra mi pecho; ea, no tembleis, no me apunteis á la cara, al corazon, derecho al coraçon, hélo aquí!»

Al decir esto, colocó la mano derecha sobre su pecho como para señalar el sitio del corazon. Con la izquierda tenia apretado un pequeño medallon que contenia, formando un grupo de amor, el retrato de su esposa y de sus cuatro hijos. Parecia que queria de aquel modo hacerles presentiar sus últimos momentos, ó bien fijar en su muger su última mirada como estaba fijo su último pensamiento. Bajó, pues, los ojos para contemplar aquel retrato, y entonces recibió el golpe mortal sin sentirlo absorto como estaba en mirar á lo que amaba! Su cuerpo, atravesado á quemarropa por doce balas, cayó con los brazos abiertos y el rostro contra la tierra como abrazando aun aquel reino que antes habia poseido y que al querer reconquistarlo habia sido su sepulcro. Cubriósele con su propia capa, y fué enterrado en la catedral de Pizzo, en donde sus dones y sus dádivas le habian proporcionado de antemano la hospitalidad de la sepultura.

Sus compañeros de infortunio fueron annistiados, puestos en libertad y enviados á su patria. El pueblo que le habia ultrajado vivo, no pudo menos de llorarle muerto, pues á aquel hombre no podia odiársele sino siendo su enemigo. El que habia sabido inspirar lástima, la recogia despues sobre su tumba.

## LIV.

De este modo acabó sus dias el mas caballeresco de los soldados de la época del Imperio, cuya figura si no fué la mas grande, fué si la mas heroica entre los com-

pañeros del nuevo Alejandro. Salido de las montañas de los Pirineos como un simple soldado que va en busca de aventuras, señalado en el ejército por su valor y decision, presentado al primer cónsul por efecto de una casualidad, convertido en su amigo y utilizado por su celo, habiendo llegado á obtener la mano de la hermana de Bonaparte por su gallarda figura y por su amor, elevado á los mandos mas distinguidos é importantes en alas del favor, al trono por el interés de familia, á la deslealtad por la ambicion de su muger, y por la debilidad del padre para con sus hijos, destronado por resultas de la caída del Imperio, caído en la desgracia de Napoleon á la vez que en la de sus enemigos, incapaz de soportar la oscuridad y ni aun la medianía despues de tanto brillar y de tanta fortuna, lanzándose por desesperacion á lo imposible y por imprevision á la muerte, pero muriendo, aunque falaz, cubierto ya de un gran renombre, llevando en pos de sí, sino la estimacion general, al menos todo el interés y toda la compasion de sus contemporáneos. dejando á la posteridad uno de esos nombres que deslumbran á las edades, que podrá acaso estar empañada por alguna sombra, pero no por ningun crimen! Tal fué Joaquin Murat! Dos patrias habrán de reclamarle en adelante, la Francia á quien sirvió, y la Italia á quien gobernó. Mas él antes que todo, pertenece al mundo de la imaginacion y de la pena; hombre de la fábula por sus aventuras, hombre de la caballería por su carácter, hombre de la historia por su época, mereciendo ademas mucho mejor que cualquiera otro de los hombres de guerra y políticos de su periodo el epitafio raras veces bien adquirido por ninguno de los que sirven ó gobiernan las cortes: *hombre de corazon* en toda la grandeza y en toda la sensibilidad de la palabra. Asi, pues, la historia que tendrá para él entusiasmo al propio tiempo que quejas ó reconvencciones que hacerle, tendrá tambien siempre lágrimas que derramar sobre su tumba.



Su muerte, si realmente no fué un crimen, fué desde luego una bajeza de corazon en sus asesinos. Si es cierto que tenian un derecho para quitarle la vida, no tenian por eso en manera alguna una necesidad. Dueños ya de su persona, no pudiendo ya temer en adelante de un enemigo cautivo ninguna de aquellas tentativas y de aquellas competencias que trastornan un imperio ó que hacen vacilar en un trono á toda una dinastía, habia mas de venganza que de prudencia en ordenar su ejecucion, que lejos de dar mayor seguridad al reinado de Fernando, le vilipendiaba y deshonoraba. La grandeza de alma, esa justicia de la victoria, fué la que faltó á la córte de Sicilia, en donde las trágicas tradiciones de Conradino, de la reina Juana y de la Italia de Maquiavelo habian dejado siniestros, ejemplos de luchas á muerte y de cadalsos entre los pretendientes. Al inmolar á un héroe que no tenia antepasados que le precediesen, ni dinastía alguna en pos de sí que reclamase no un derecho, sino la casualidad sobre su trono, la córte de Sicilia lejos, de dar mejor realce á su gloria, degradaba hasta no mas su propio carácter. Aquel suplicio de un competidor vencido é indefenso tenia muchos puntos de contacto con el miedo si no era la envidia quien lo habia inspirado. No era tanto la rivalidad de los derechos como la superioridad de su fama y renombre lo que en Murat ofuscaba á la casa real de Nápoles. En una palabra, era menos temible el competir con él que hacer frente á la popularidad de sus hazañas. Al mismo tiempo que se acababa con el héroe, se quería tambien hacer desaparecer su memoria, mas no pudieron conseguir otra cosa que comunicar al drama de su vida ese tinte patético y de conmiseracion que es a-

jo é inseparable de los desenlaces sangrientos de la carrera de los grandes hombres. Su muerte hacia recordar la de Pompeyo. La casa de Nápoles no conquistó, pues, con aquel suplicio sino una mancha mas de sangre en sus anales y un cadáver mutilado en uno de los cementerios de su playa.

¡Maldicion á los cobardes! Nadie es cruel en el mundo sino á falta de sentir valor y arrojo en su corazon.

